



## *El don de la Palabra y del prójimo*

Queridos diocesanos:

Esta semana comenzamos la Cuaresma. Cuaresma es el tiempo que precede al eje fundamental de la vida cristiana, la Pascua. En este tiempo acogemos la llamada que el Señor nos hace a la conversión: el cristiano está llamado a volver a Dios «de todo corazón» (Jl 2,12), a no contentarse con una vida mediocre, sino a crecer en la amistad con el Señor.

La cuaresma comienza el miércoles de ceniza, llamado así por el rito de la imposición de las cenizas, hechas con los ramos de olivo u otros árboles usados el Domingo de Ramos del año anterior. En la bendición de las cenizas se subraya el espíritu de este tiempo: «Derrama la gracia de tu bendición sobre estos siervos tuyos que van a recibir la ceniza, para que, fieles a las prácticas cuaresmales, puedan llegar, con el corazón limpio, a la celebración del Misterio pascual de tu Hijo».

Ahora bien, ¿cuáles son estas “prácticas” que nos propone la Iglesia para volver nuestro corazón a Dios intensificando la vida del espíritu?: el ayuno, la oración y la limosna. En la base de todo está la Palabra de Dios que nos invita a escucharla y meditarla con asiduidad. El mensaje del Papa Francisco se centra en la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro (Lc 16,19-31), que os invito a meditar con el corazón abierto.

El pobre Lázaro nos enseña que el otro es un don. La justa relación con las personas consiste en reconocer con gratitud su valor. La Cuaresma es un tiempo propicio para abrir la puerta a cualquier necesitado y reconocer en él el rostro de Cristo. Los encontramos a diario. Cada vida que encontramos es un don y merece acogida, respeto y amor. La Palabra de Dios nos ayuda a abrir los ojos para acoger la vida y amarla, sobre todo cuando es débil.

Pero para hacer esto hay que tomar en serio lo que el Evangelio nos revela acerca del hombre rico: el pecado nos ciega. La parábola muestra cómo la codicia del rico lo hace vanidoso. Su personalidad se desarrolla en la apariencia, en hacer ver a los demás lo que él se puede permitir, pero la apariencia esconde un vacío interior. Su vida está prisionera de la exterioridad, de la dimensión más superficial y efímera de la existencia. En lugar de ser un instrumento para hacer el bien y ejercer la solidaridad, el dinero nos somete a una lógica egoísta que no deja lugar al amor e impide la paz.

La liturgia del Miércoles de Ceniza nos invita a vivir la experiencia de la conversión. El sacerdote, mientras impone la ceniza, nos dice: «Conviértete y cree en el Evangelio» (Mc 1,15). La Palabra de Dios es fuerza viva, capaz de suscitar la conversión del corazón y orientarnos nuevamente a Dios. Cerrar el corazón a Dios tiene como efecto cerrar el corazón al hermano.

Queridos amigos, la Cuaresma es tiempo propicio para encontrarnos con Cristo vivo en su Palabra, en los sacramentos y en el prójimo. Que el Espíritu Santo nos guíe por el camino de la conversión, para ser purificados del pecado que nos ciega y servir a Cristo presente en los hermanos necesitados. Entonces llegaremos bien dispuestos a la alegría de la Pascua.

Os saludo con afecto y os deseo una feliz Cuaresma.